

La presencia y la palabra del analista cumplen función de tercero



VIDA MABERINO DE PREGO¹ & MAGDALENA FILGUEIRA²

TRABAJANDO LA FUNCIÓN PATERNA EN LA SESIÓN DE UN NIÑO CON SU PADRE

Juan fue el caso presentado. Tenía unos tres años y medio cuando sus padres consultan dada la gran preocupación y angustia que sentían por su hijo. «Es que es un niño muy inquieto, no se queda tranquilo en ningún momento del día, ni en casa, ni en el jardín de infantes al cual concurre.»

A Juan le sigue una hermana dos años menor, durante el embarazo de la cual la madre tuvo que guardar varios meses de reposo en quietud absoluta, durante los cuales el padre se ocupó mucho del niño. Relatan que en el hogar Juan se mueve permanentemente a la hora de comer, jugar, bañarse e incluso al dormir. El descanso ha sido desde siempre irregular, duerme pocas horas, se despierta, llama a los padres, pide para ir a la cama de ellos y en muchas oportunidades se orina de noche. El control de esfínteres nocturno no ha sido logrado en forma sostenida y estable todavía. «Ha pasado períodos en los cuales no le ocurre que se haga pichí de noche», manifiestan sus padres. Presentaba también dificultades en torno a la alimentación; Juan comía moviéndose, luego manifestaba que

1 Miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. info@clinicaprego.com

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mflgueira.mefe@gmail.com

le dolía la barriga y en oportunidades vomitaba. Consultaron con neuropediatra, quien indicó estudios y diagnosticó luego un foco irritativo de tipo epileptoide por el cual se halla medicado; fue quien los orientó hacia la realización de psicoterapia.

La madre dice: «Es tan inquieto que no disfruta nada de nada... Le pasa en los cumpleaños, él corre y corre, se excita mucho... Vive arrojando, ayer arrojó, no sé... es como que lo hace por gusto... De noche intranquilo, tiene pesadillas, y además a veces se hace pichí; ahora hace tiempo que no se hace, parece que pasó».

El padre manifiesta: «Es un niño inquieto desde recién nacido, digamos que salió de la barriga con los ojos abiertos y pidiendo alimento. No es por quitarnos responsabilidades, porque quizá nosotros no supimos cómo tratarlo... pero no sé, no es normal... no se conforma con nada, se le da un juguete y enseguida se aburrió, no se entretiene nunca, entonces no se puede hacer nada, hay que estar pendiente de él. Mi señora no puede lavar ni hacer nada porque él no deja. Hay que observarlo continuamente, ahora con la hermana, peor. Tengo sobrinos y no son así, él no se duerme con nada, y una vez dormido, se despierta, llora. Tiene un foco y está siendo tratado con la medicación, pero creo que precisa esto».

Juan entra con su madre dado que se niega a pasar solo a la sala de juego. Es un niño sumamente vivaz e inquieto, menudo, escurridizo y locuaz. Me sorprende su capacidad de captar con una sensibilidad muy fina las palabras, los giros de lenguaje, así como los afectos que discurren en los relatos de las diferentes situaciones que su madre va narrando, que implican a varias personas de su entorno. Así mismo se comporta en la entrevista entre su madre, él y yo. Mira, se detiene, registra los diferentes objetos de la sala de juegos, el cuaderno en que anoto, la lapicera, los juguetes y materiales de plástico que le he puesto, la cartera de su madre, el monedero, las llaves.

Es llamativa también su capacidad de expresarse verbalmente, utilizando con precisión una cantidad de palabras. Es un niño desafiante que disfruta tramando situaciones, fabricando enredos con la madre y/o conmigo. Todos estos aspectos se mantuvieron desde la primera entrevista, durante los primeros tiempos, hasta bien avanzado el proceso analítico. Juan entraba a la sala acompañado de su madre o padre y jugábamos de a dos, él y alguno de los padres, él y yo o los tres juntos.

El padre lo traía muchas veces, por lo cual nos veíamos involucrados en las sesiones Juan, su padre y su analista. Se mostraba inseguro de cómo tratar a su hijo, sobre todo en el momento de ponerle límites; dudaba, finalmente lo hacía con calidez y proximidad afectiva con su hijo, pero tardaba en ubicarse en esa posición, lo que generaba más ansiedad e inquietud en Juan que lo demandaba. En general desafiaba a ambos padres en muchos aspectos, de alguna manera los «buscaba» en sus funciones y posiciones, y ahí necesitaba «encontrarlos» una y otra vez. Derroteros pulsionales, montajes y desmontajes que fueron transferidos al campo analítico.

En las primeras sesiones y por un largo tiempo Juan al llegar daba vuelta la caja tirando todo su contenido al suelo, lo que al caer hacía un ruido estrepitoso; luego pateaba, pisaba todo, por lo cual muchas cosas se fueron rompiendo o deteriorando. Comienza a jugar con agua en la sala, se arman unos enchastres grandes porque vuelca goma desarrollando un juego en que termina quedando todo sucio, entonces «hay que limpiar». Me pide implementos de limpieza, se los doy y jugamos en varias sesiones a ensuciar y limpiar. Surge en este contexto lúdico el juego de los tiburones, primero en el suelo del consultorio y luego en la pileta del baño. Juego que primero lo angustiaba, porque se frustraba dado que no le salía lo que se proponía, y luego comenzó a disfrutar de los enchastres con agua y jabón que se armaban. Fue en este contexto que surgió, en torno a la pileta, el juego de los tiburones.

El padre jugaba con Juan todo ese primer tiempo en que el niño daba vuelta la caja, yo me impactaba siempre, el padre se impactaba siempre, porque cada vez era un nuevo estruendo. Juan llegaba, daba vuelta la caja, pisoteaba y rompía, me decía: «Mirá lo que hago con tus cosas, estas son tus cosas». Luego se fue apropiando de los contenidos de la caja, pero al comienzo lo hacía y decía: «Mirá lo que hago con lo que me das».

La madre no reaccionaba a eso, no decía: «¿Cómo vas a hacer esto?!». Algunas veces en la sesión se dormía. Si el niño no la involucraba no intervenía, a veces sí más espontáneamente, si el niño la involucraba hacía lo que le pedía.

En una sesión del primer año de trabajo Juan llega con su padre; en la vereda cuando les abro la puerta se encontraba estacionada una moto-cicleta, y el niño dice: «Esa moto es del policía». Pasamos al consultorio y Juan dice: «Vamos a jugar, papá, a los tiburones». Agarra entonces las

maderas a las cuales adjudicaba ser tiburones desde varias sesiones atrás en que jugábamos en el suelo del consultorio a que se soltaban terribles, hambrientos y feroces tiburones y yo tenía que atraparlos para ponerlos dentro de la papelera, que hacía de jaula, enjaulábamos los tiburones. Luego Juan quiso jugar a los tiburones en la pileta del baño y allí jugábamos. Le había interpretado que los tiburones eran aquello peligroso que podía sentir dentro o fuera de él.

En esta sesión me excluye del juego: «Vamos a jugar, tirate tú, papá, al agua, bien hondo. Dame ese que tenés, Magdalena. Ah, te quedaste sin nada, pobre Magdalena no tiene nada... No le damos nada, papá... Este era Superman, este también era Superman, estaban en el agua». El padre accede a jugar su rol de Superman, dice levantando la figura correspondiente al niño al ponerla en el borde de la pileta: «Viene Superman a salvarlo... salen volando hasta tierra firme».

Juan disfruta del juego exclamando: «Salen volando, yo soy igual que vos, Superman». Le interpreto su deseo de ser Superman, superhombre, como su padre, los dos son iguales, con los mismos poderes. Me responde: «Sí, con los mismos poderes». Avanzo entonces en interpretar la castración: «Eso es lo que te gustaría a ti, Juan, tener los mismos poderes que tu padre... superhombre».

Como sucedía en oportunidades similares, me manda callar: «Callate, mam... Magdalena», pero cometiendo un lapsus, llamándome mamá, dándome pie; la escena lúdica y transferencial se brinda para asemejarse: «Somos tres ahora jugando, tu padre, tú y yo, que sería como tu mamá cuando estás en tu casa». Nos vamos adentrando en su fantasmática triangular, dentro de la cual me otorga el lugar del excluido: «Contigo no hablo, hablo solo con mi padre, cuando están hablando dos, el otro se calla, hay que dejar que los otros dos hablen, ¿verdad, papá?». Su padre se sorprende y le dice: «Lo tenés clarito, eso es lo que te decimos con mamá cuando estamos hablando y tú te metés en el medio». Por lo cual Juan exclama: «¡Hay un niño en peligro!».

Interpreto el síntoma ir de noche a la cama de sus padres diciéndole: Hablar de esto es peligroso, te da miedo, ¿qué te podría suceder si te metes entre tus padres? Meterte en el medio puede ser peligroso, hay que enjaular los tiburones». Pone figuras de madera grandes diciendo: «Están durmiendo acá y este niño venía a despertarlos». Sus asociaciones confirmarían las

fantasías que estamos analizando, por lo cual intervengo y digo: «Como hacés tú, Juan, despertás a tus padres cuando están juntos en su cama». Exclama: «Este era el pichi», y luego mira al padre, quien le dice: «¿Un pichi? ¿De dónde sacaste eso? ¿Qué es un pichi, Juan?». Juan en tono explicativo: «Un pichi es uno que vive en otro lado... es uno diferente que vive en otra casa de otro lado». Finalmente le interpreto que así es como él se siente y va, despierta incluso con su «pichí» a sus padres.

El niño mira a su padre y le dice: «Esta era la cama, ¿por qué, papá, no cortás la cama grande? ¿Por qué no la separás y duerme cada uno por su lado, vos en una cama y mamá en otra?». Sonriendo le expresa: «Porque las parejas duermen juntas, comparten la cama; cuando tú seas grande también vas a tener pareja y vas a elegir una señora y también vas a dormir con ella». «¿Voy a elegir a quién?», pregunta. «No sé, Juan, a una señora, tú verás a quién cuando seas grande.» Enojado: «¡Ah, no, papá, cuando sea grande no». Sobre el final de la sesión le digo: «Querés ahora una señora, como eligió tu papá».

Juan comenzó después a ingresar solo a sus sesiones. Durante el análisis la enuresis nocturna fue superada, así como los dolores de barriga y los vómitos. Transformó la inquietud, si bien continuó siendo un niño movedido y locuaz. Supe luego de ciertos años de finalizado nuestro trabajo que Juan era buen estudiante y muy buen deportista.



VIDA MABERINO: Es un material muy lindo, está muy bien trabajado, y además nos permite abrir el diálogo desde distintos puntos. Por ejemplo, *el encuadre*. Es un niño que no tiene cuatro años todavía, entra al comienzo con su mamá o su papá que lo acompañan. El tema de la técnica, ¿qué se hace cuando está la madre o el padre? Hay muchos elementos de *interpretación*, formas de interpretar que me gustaría especialmente discutir.

Una de las cosas que me encantaron de este material es cómo se va armando el caso, la historia de Juan a partir de las entrevistas con los padres. El niño durante mucho tiempo llegaba y daba vuelta el cajón. Más allá de lo que puede haber significado en distintos momentos, ya que cada acto de un niño puede tener significación distinta en contextos diferentes, pero como

este niño tiene tres años y seis meses, y una hermanita de dos años, nos quedamos con un año y medio, pero están los nueve meses del embarazo, así que Juan tenía apenas un año. El sentido de ese dar vuelta la caja y pisotear los objetos como hacía para mí se relacionaría con algo importante, que es la curiosidad con relación al cuerpo de la mujer, al cuerpo de la madre. En este caso además desde muy chiquito tuvo que ir soportando las deformaciones del *cuerpo de la madre*, y otra cosa, una madre que no solo cambió de cuerpo, sino que cambió porque tuvo que hacer quietud. Eso me parece el eje sobre el cual se va a mover de alguna manera el tratamiento de este chico. Él viene con el padre o con la madre, pero la terceridad ahí la da la presencia del analista, donde dramatiza su necesidad de querer saber qué pasa con el cuerpo de la madre, qué es todo eso escondido y misterioso para el niño, que cambia y que hace cambiar a la madre, que le quita el lugar. Sobre esa base de los cambios en el cuerpo de la madre vendrán luego sus fantasías de *triangulación edípica* que me resultan enormemente interesantes.

El tema del *cuerpo del niño* es muy importante, porque en este caso por ejemplo el diagnóstico neurológico podría explicar plenamente la inquietud, el dormir poco y mal, las pesadillas, podría estar todo justificado. Muchas veces tenemos pacientes que tienen un diagnóstico ya sea realizado por el médico o un profesional de otro tipo, pero ¿con qué vamos a trabajar nosotros los psicoanalistas? *El nuestro es otro campo*. Nosotros vamos a trabajar con la alteración que eso provoca en las defensas del chico, en sus fantasías. Porque a lo mejor para otro chico la quietud de la madre y la llegada de un hermanito pueden ser terribles por la agresividad que provoca el embarazo de la madre, las angustias, la culpa. Otro chico podría haberse deprimido, u otras cosas. Cada cual, cada niño tiene su modalidad. Todos somos más o menos iguales, pero cada cual usa mecanismos defensivos diferentes frente a angustias que toman también características distintas. Eso es lo que uno tiene que tener presente cuando está con el paciente. Los pacientes todos nacen, toman pecho, pasan por el Edipo, todo eso está, pero cada uno lo hace a su manera. Es importante tener eso en cuenta.

Como decíamos un momento antes, puede venir con un diagnóstico médico, es muy atendible y seguramente eso es del campo del médico que lo está atendiendo, pero a nosotros nos importa en qué forma ese niño

se maneja con algo que siente en su cuerpo, por ejemplo si ese foco le provoca nerviosismo, lo que sea. Siempre me quedó una definición que hacía Françoise Dolto cuando le preguntaron qué puede ser para un niño la experiencia de muerte, teniendo en cuenta que un niño obviamente por una cosa natural ve morir a sus abuelos. Natural. Se le muere un pajarito, se le muere un perrito, es decir que hay un contacto con la muerte, pero ¿qué es la muerte para un niño? Y Dolto decía que es difícil dar una definición, que uno podría pensar que para el niño la idea de muerte sería estar por siempre atado, sin movimiento y por siempre sin la mamá. Entonces acá se unen idea de muerte y ausencia de madre, no porque haya sido una ausencia, la madre estaba, pero no es lo mismo ver a una madre vital que a una madre en cama. Otra de las causas de la inquietud puede ser un movimiento defensivo de él. El niño que tiene una madre depresiva generalmente o es un *seudoadulto*, cuidándose y cuidando a la madre, o es alguien que está siempre espantando la muerte. La inquietud de un niño puede tener relación con tantas cosas, puede ser máscara de diversas cosas.

¿Cómo *desatrapar* a este chico de todos estos síntomas? Qué significado para la madre, para el padre. En este caso se da al revés, porque este nene tiene también una carga, pero es al revés, porque él es el mayor, después viene la hermana. Entonces es como si sintiera: ¿qué pasa?, viene alguien y me saca un lugar; ¿qué provoca todo eso en mí que dejo a mamá estropeada por mis fantasías? Además en este niño se da una cosa especial, clave, y que Magdalena agarra muy bien cuando le interpreta las agresividades desde adentro y desde afuera. Está muy bien esa interpretación. Cuando Juan llega a la sesión con su padre ve una motocicleta y dice que es de policía. Veremos lo que representa para él la policía, un superyó interno, primero externo y después interno, la policía que lo va a castigar por lo que hace. Cuando aparecen los tiburones, si uno piensa en un tiburón lo primero es la boca, todo el sadismo oral, ella le dice: «Vamos a ponerlo en la papelera». Es una forma de meter ese interjuego de agresividades, la agresividad propia del niño frente a las situaciones vitales que le toca vivir. Entonces los tiburones muerden, usan su sadismo oral, son castigados, la policía estaba ahí.

Despliega ese otro punto que está muy lindo, cómo este chico tiene la capacidad de dramatizar situaciones tan especiales como es para él el cuerpo de la madre, luego como decía Mercedes al comienzo [se refiere a

la psicoanalista Mercedes Gallinal], cómo él se siente, cómo la misma agresividad lo desarma. Klein dice —cito a Klein porque es la que ha trabajado tanto con niños chiquitos— que la pulsión de vida lleva a la integración. Con el tiempo va a hablar, más que de pulsión de vida y de muerte, de amor y de odio, finalmente de envidia y de gratitud, capacidad de gratitud o de envidia. Entonces todo lo que tenga que ver con la pulsión de vida, con la gratitud o con el amor de distintas maneras hace a la integración, al fortalecimiento del yo. Siempre que hay un objeto atacante es porque hay una parte del yo atacante que se corresponde con el objeto atacante, sea externo o interno. Esa parte del yo además se siente como clivada, como no integrada. Cuando este niño siente los tiburones como una cosa así de peligrosa no lo puede manejar, la analista lo ayuda a guardar eso en una especie de jaula para que sea controlado. Muy interesante, muy rico, porque precisamente se puede pensar en esta misma línea el enchastre que hacía.

Trabajando con niños hay *peligros* con los cuales los analistas se tropiezan, al comienzo fundamentalmente, por ejemplo cuando el niño pisa toda la tiza. Yo tenía un paciente que era divino, hasta ahora lo recuerdo con muchísimo cariño —chiquito era también—, que entraba corriendo, empezaba a trabajar y de repente yo estaba un poco distraída y me tiraba por la cabeza con un baldecito de agua (*risas*) o si no de arena, en aquel entonces yo trabajaba con arena. El agua se secaba pero la arena no. Eso que el niño necesita tener, necesita atacar, pero ese niño después empezó en forma diferente —porque también eso es importante— a tratar de reparar. Por ejemplo, lo que pasa con el tuyo: este nene también quiere limpiar, pero ¿se puede siempre? Cuando hablamos de reparación pensamos: hay una auténtica reparación cuando un chico ya puede manejarse con sus aspectos agresivos de una forma en que no los siente tan peligrosos, para él y para el ambiente. Pero también hay *diversas formas de reparar*, por ejemplo maníaca, en que no se termina de reparar nada. O una reparación defensiva más persecutoria por temor al castigo. Lo veo en el material de Juan cuando muchas veces enchastraba todo y quería limpiar rápidamente porque está la policía afuera, por temor al castigo. Entonces cuando hablamos de reparación no es la misma reparación la que se da en todos los niños; puede ser una reparación obsesiva, en que el niño coloca todo en su lugar y le lleva horas, y cuando uno le dice que ya es la hora, que tenemos

que terminar, no puede irse hasta que no coloque cada objeto en la caja. Eso sería una reparación obsesiva. La auténtica reparación viene más adelante.

Tomemos ahora el pichí. Es un niño que todavía se moja pero no siempre, no regularmente. No sé si hablar de una enuresis, es un chico que de vez en cuando se orina. La sensación de estar mojado podría tener algo de extrañeza, de por qué, como el «pichi», que viene, vive en otro lado. Porque muchas veces la enuresis tiene que ver con situaciones edípicas, la excitación de la escena primaria, el enojo, es muy difícil; la enuresis es a veces un síntoma complejo de resolver, puede que un niño deje de mojarse rápidamente y a veces está por terminar el tratamiento y se sigue mojando. A mí me han sucedido todas estas situaciones.

Cuando un niño chiquito empieza un tratamiento estará todavía en relaciones muy duales, *la presencia y la palabra del analista cumplen función de tercero*. En ese caso él se defiende de eso diciendo: «Callate», relación dual con el padre o con la madre, relación dual contigo. Pero también hay una cosa muy linda que es toda la curiosidad que trae un chiquito; veíamos lo de los contenidos del cuerpo de la madre, junto con el cuerpo de la madre va conociendo su propio cuerpo; está el embarazo de la madre.

Más adelante, un poco más adelante, aunque estemos todavía en el Edipo precoz de Klein, ese cuerpo de la madre ya no es solo la amenaza del bebe que puede venir y todo lo demás, sino la amenaza del tercero, es decir, ya está la terceridad. En qué forma se viva cuando el chico quiera ir a la cama, cómo está ese pasaje a la terceridad y entonces la curiosidad en torno al cuerpo de la madre y el deseo de descubrir qué hay ahí en esa mezcla de pene, de hijos, de cosas gratificantes, de cosas persecutorias. Es una curiosidad un poco distinta y un cuerpo motivado por una curiosidad un poco distinta, que es la primera relación dual, de los comienzos; al principio la curiosidad está en el pecho y después esa curiosidad se desplaza al interior del cuerpo de la madre.

Haciendo un poquito de historia, muchas veces uno habla de la preocupación que tienen los padres por que los chicos no rindan, me refiero en primaria, pero inclusive en el jardín, he tenido consultas en que marcan que el niño está disperso, está esa preocupación. Es como si el rendimiento del chico diera cuenta de un buen funcionamiento para los padres. A veces no ven otras cosas, pero es muy frecuente la consulta por bajo rendimiento

intelectual. Todos deben de saber esto, pero al terminar el siglo XIX cuando se declara obligatoria la enseñanza escolar se preparan una serie de temas, trazados, como material de lectura y todo eso, acordes con las edades de cada chico, es decir, los grados, primer grado, segundo grado, etcétera. Cuando empiezan a funcionar las clases los docentes se agarran la cabeza, porque si bien la mayoría de los chicos pueden cumplir con esos programas muy bien hechos, hay muchos chicos que no pueden, no vale estímulo, no vale castigo, no vale nada, no pueden. Entonces se busca una solución en las escalas de inteligencia; cuando comencé usaba la de Terman Merrill, que era la última versión, ya que la primera fue de Binet y Simon. Entonces, viendo cantidad de niños, hicieron la primera escala de inteligencia. Esa escala de inteligencia se publicó en 1905. Al mismo tiempo que se publica la escala de inteligencia en Francia, en 1905, Binet y Simon, Freud publica los *Tres ensayos*. Entonces se da la conjunción de algo que interesa, por qué el niño no aprende y algo que habla de la infancia del niño y todas las cuestiones emocionales que a ese niño le toca vivir en su desarrollo para que pueda o no pueda aprender. Si unimos los dos textos podemos entender esto.

Los primeros trabajos de Melanie Klein fueron *El desarrollo del niño y La importancia de la escuela en el desarrollo libidinal del niño*, los presentó en Budapest, con lo cual la asignaron como analista. En ese entonces ella consideraba que la base de los problemas del conflicto de los niños y las dificultades de aprender tenía que ver con que los padres no contestaban las preguntas naturales que el niño tenía sobre sexualidad, especialmente diferencia de sexos, cómo nacen los niños, cómo se forman los niños, por qué el cuerpo de la madre se pone diferente, etcétera. Entonces en esos dos trabajos ella habla... me río un poco porque el libro del desarrollo libidinal parece «esto es esto», como aquellos libros que salían antes para jugar a la quiniela, un poquito así. Había distintas materias, por ejemplo chicos que tenían muchas dificultades con la historia, no podían aprender historia porque había problemas con su propia historia, o con las matemáticas, dos más dos, la unión de dos, la llegada del tercero, la división, encuentro-separación. Se dio cuenta después de que no era solamente por problemas de represión, que chicos que recibían las respuestas adecuadas podían seguir teniendo problemas, y ahí entran otros conflictos cuando empieza a darse cuenta de la pulsión de muerte, de la agresividad.

Siguiendo adelante en la historia, consideremos un escritor contemporáneo que creo que conocen todos, Bernard Golse, que estuvo acá en distintos congresos; tiene un trabajo muy interesante en el que habla de las raíces preedípicas de las dificultades de aprender. Habla de una serie de cosas que suceden en el período preedípico, es decir en el Edipo precoz de Melanie Klein, que despiertan mucha ansiedad, mucha curiosidad en el niño, que puede quedar guardada, enquistada en el niño, y que muchas veces hace eclosión con la pubertad. Chicos que cursan primaria bien o muy bien, sin embargo luego, sobre todo en este período que vivimos, encuentran dificultades, falta de interés, para qué voy a estudiar y todo lo demás, en segundo o tercer año de secundaria. Me llamó mucho la atención ese trabajo de Golse, es un autor que me gusta porque no deja nada de lado, usa como escaleras, «porque lo que dijo Fulano, lo que dijo Sutano», todo le sirve de alguna manera para después expresar su propio punto de vista. Y ese trabajo es muy lindo. Entonces me llevó a pensar en esto, porque la curiosidad de este nene por el cuerpo de la madre es como si fuera en dos niveles, está el nivel de la relación dual, y también el nivel de la relación de tres, ternaria, que fue ganando espacio en Juan durante el proceso. La agresividad también, habría una agresividad dual y una agresividad que implica y relaciona a tres.

La madre brinda la impresión, como nos transmite Magdalena, de ser poco sostenedora, tomando incluso los embarazos, como que se le deslizaban ciertas cosas, y a veces parecía desafiar en los diálogos al niño. El padre parecería verse más impactado con los actos del niño, e intentaba hacer algo con esas cosas del niño. Un padre suficientemente bueno. De todos modos era un poco frágil, costaba que ayudara más a la madre a ser madre, en la función maternal.

El padre con su esposa en quietud, y después el hecho de que nazca un bebé, en el embarazo tener que hacerse cargo del nene, es un padre invadido por la situación que le toca vivir. Padre en función materna, que es como si hubiera una carencia del padre necesario para interdictar y poner ley, que es el padre que marca la diferencia entre padre y madre y que por lo tanto puede establecer la terceridad. El padre que vemos por un lado como muy adecuado está muy en función materna, porque esta madre, como la describes en las sesiones, es una madre que está muy quieta. No tiene capacidad de encastre, no puede sostener, tiene que quedarse quietita porque si no, pierde.

Este diálogo nos lleva a un punto que es bien importante, que nos propone Bion, la importancia que daba al continente y al contenido. La madre que es capaz de ser continente de los contenidos demasiado angustiantes del bebé es la madre que se hace cargo porque es continente. Unido a lo que Bion llamaba *rêverie*, la madre que se hace cargo de las angustias que el bebé no puede todavía elaborar y hace como una devolución de las angustias, entonces el niño sí puede aceptarlas, puede elaborarlas. Por ejemplo el nene que se cae, se golpea la cabecita y pone cara de horror, pero la madre le dice: «No, mi hijito, no es nada», y el nene no llora más por la cara tranquila de la madre, la madre se hace cargo de la angustia del nene frente a un golpe de cabecita. Al niño no le duele más la cabecita, o no se asusta, o no le importa que le duela.

Esto lo vemos muchas veces. Un escritor que ha trabajado mucho eso es Antonino Ferro. No es que se hable de una preparación para el tratamiento analítico, pero sí de que hay algo que se va dando en el tratamiento analítico, algo nuevo, porque indudablemente aun una persona que ha tenido varias experiencias analíticas con cada analista es algo nuevo. Siempre hay un período en el que el paciente tiene que hacer un continente interno para recibir las palabras del analista.

Cuando el niño puede escuchar, uno habla y poquito a poquito se va haciendo el continente para que vayan quedando nuevas marcas. Por ejemplo, es muy lindo cuando en un tiempo el nene llega y dice: «Ah, lo que hacíamos el lunes, ¿me lo guardaste? ¿En dónde lo pusiste?». Ahí guardó. Y guardó ¿por qué? Porque nosotros desde el primer momento cuando viene un niño a un tratamiento guardamos todo, aun las cosas que el niño tira. A mí me pasaba que las cosas que tiraban al suelo por un tiempo las ponía en una bolsita y las guardaba. A veces no me las pedía nunca, entonces me preguntaba: «¿Qué hacés con esas cosas?». «Las guardo.» Eso remite a que el niño introyectara un aspecto, y es que no solamente puede ser querido porque haga un precioso dibujo, que le pongan bien o muy bien, sino aunque haga un mamarracho, o aunque rompa un papel o aunque haya dejado pedacitos de plasticina tirados. Todo eso forma parte del niño, y ese niño quiere ser aceptado y quiere ser querido, malo o bueno, que se le exija que sea bueno es una cosa, o que se porte bien, pero que se lo quiera igual.

Me acuerdo de Quino, que es genial. Está el chiquito Guille, y la madre siempre con la aspiradora, los pelos parados y la aspiradora, entonces Guille come galletitas y está toda la alfombra llena de migas, viene la madre

furiosa con la aspiradora y él le pregunta: «¿Estás enojada?». Entonces la madre le dice: «¡Sí, sí! Porque estás ensuciando todo y yo estoy cansada de limpiar. Cuando estás tirando galletitas y ensuciando todo entonces no te quiero». Ahí Guille se da vuelta y le dice: «Entonces a mí no me importa tu amor interesado». Es así, un niño quiere ser querido malo o bueno. Si uno se porta bien es lógico que lo quieran, lo difícil es que uno haga macanas y lo sigan queriendo.

Pensaba en los límites, que es un tema que a veces asusta un poco. «¿Qué hago?», se pregunta el analista. En este caso Magdalena planteaba que trataba de poner normas como límites y aun así a veces no había forma, pero no importa. El hecho es que tú trates de ponerlos y que persistas en que los límites son estos, aunque él te trampee o te tire, como me tiraba a mí el chiquito la arena o el agua en la cabeza, tu palabra sigue poniendo límite, operando ley. Siempre recuerdo un libro de Anna Freud; ustedes no deben de haber leído mucho a Anna Freud, ¿verdad? Anna Freud tiene cosas muy clínicas. Por ejemplo, tiene un libro que se llama *Análisis de niños*, que está formado por cinco o seis viñetas, y una de ellas siempre me gustó mucho; ella dice que el niño cuando viene tiene que saber para qué viene por lo que le hayan dicho los padres. Dice algo así como: «En el caso mío era fácil, porque generalmente el niño que venía, los padres buscaban que yo planteara, había tenido o un hermanito o un amiguito o alguien que ya había sido tratado y no le parecía una cosa rara, le era familiar». Entonces le llega una nena, no recuerdo las edades, vamos a decir seis años, y ella le dice: «Yo soy Anna, tú sabes por qué vienes». «Sí, sí, yo sé por qué vengo, no es solamente porque me lo hayan dicho mis padres; tengo un demonio adentro que me hace hacer cosas que no me gustan y vengo a ver si me lo quitas». Es muy lindo eso, explica por qué el terapeuta tiene que poner límites, el terapeuta tiene que tener la papelera donde pueda meter lo terrible, temido, *demoníaco*, porque si no el niño se asusta muchísimo, no solo de la agresividad del otro y de la retaliación, sino de la propia agresividad. A veces uno tiene un niño que está pateando, sobre todo con los tempranos, que a veces uno los tiene que agarrar de atrás atajando una patada, pero uno los agarra sintiendo que no es que los agarre como castigo, sino que está tratando de dominar a ese demonio que los hace hacer cosas por las cuales pueden ser castigados por afuera o por adentro de sí mismos.

Una norma que Magdalena puso con Juan es que no podía llevar la papelera al baño y él lleva su caja. «Tu caja sí», decimos, y está bien, porque la caja la tenemos para trabajar con el niño, para entender qué es lo que le pasa. Si la quiere romper, bueno, que la rompa, pero no puede romper otras cosas. Yo recuerdo siempre esto que va quedando de las primeras supervisiones. Este nene que les nombré —y que siempre nombro porque lo recuerdo con tantísimo cariño, fue mi primer paciente temprano, era un chico que tenía una capacidad de trabajar y de querer salir adelante, fue uno de los tratamientos que me dejaron más contenta, una maravilla ese niño— una vez me pidió un martillo, porque quería clavar. Yo lo supervisaba con Madelaine Baranger. Busqué a ver qué martillo podría encontrar que no rompiera demasiado y encontré un martillito, martillo era porque martillaba, pero era chiquito. Y este chico me miró y me dijo: «Te pedí un martillo grande para poder martillar, porque tengo algo grande y pesado que martillar acá contigo». Agrega luego: «¿Y dónde están los clavos?». Me enseñó mucho, tanto que nunca lo he olvidado.



Exactamente diez años después, Vida, a sus noventa y tantos años, recibe en su casa a varios analistas, algunos de los cuales habíamos estado en aquel encuentro. Vida va relatando nuevas anécdotas de su práctica clínica con niños por décadas acaudaladas. Relata escenas muy curiosas a través de la vital sonoridad de sus palabras, con la calidez suave de un tono pausado, siempre en suspenso, que tanto atrapa a quien la escucha.

Escenas vividas en los viajes que realizó con el doctor Prego por el mundo. Especialmente encuentra en esos relatos la oportunidad de transmitirnos lo que significó para Prego la fotografía y cómo disfrutaban al tomar fotos, juntos. Incluye la anécdota vivida en una plaza de la ciudad de Brujas en la cual se encontraban sacando apasionadamente fotografías, mientras la plaza se iba llenando de religiosos, especialmente de monjas. «Luis Enrique comenzó a tomar fotos, y luego de revelarlas en su propio laboratorio, hizo toda una serie de fotografías por las que obtuvo premios.» ¡Gracias, Vida, nuevamente y cada vez! ♦